

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

*

Publicación mensual de los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

*

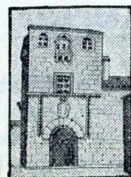
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas
Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

Tres retratos y un amor.....	<i>E. Segura Covarsi.</i>
Ideario Extremeño	<i>Catalina Clara Ramírez de Guzmán</i>
Vivo libre... ..	<i>Félix Valverde Grimaldi.</i>
En la conmemoración colombiana: Colón, peregrino y devoto de Ntra. Sra. de Guadalupe.	<i>Ricardo Becerro de Bengoa.</i>
Siempre hay alguien	<i>Jesús Delgado.</i>
A Edmundo D'Amicis por su «España»	<i>Francisco Pitarque.</i>
Soneto sin nombre.....	<i>Pedro Romero Mendoza</i>
«Quiero ser»	<i>José María Gil.</i>
En el 60 aniversario: Filosofía de la seguridad social en los Papas (I).....	<i>Crescencio Rubio Sáez.</i>
Un español en dos quintillas.....	<i>Fernando Bravo y Bravo.</i>
Las huellas del camino.....	<i>José Canal.</i>
Vivir.....	<i>Santos Sánchez Marín.</i>
Voz.....	<i>Mario Angel Marrodán.</i>
El secreto de Esteban (Cuento).....	<i>Andrés Calderón Rodríguez.</i>
Salamanca	<i>Francisco Belmonte.</i>
Semblanza de la ilustre escritora Manola Pérez de Pérez del Villar.....	<i>Vicente Sánchez Arjona.</i>
Críticas al crítico	<i>Pedro Caba.</i>
Crítica sin hiel.....	<i>Un Aprendiz de Hablista.</i>
Avisos	<i>«Prudens».</i>
Don dinero (Soneto)	<i>† Claudio Casares Sanguino.</i>
Mirador: Crónica.....	<i>Curio O'Xillo.</i>
Recensiones.....	<i>Cástulo Carrasco, Fernández Figueroa, Antonio Sánchez Paredes y Jesús Delgado.</i>
Notas breves: De dentro y de fuera	<i>José de la Peña.</i>
Noticia de Revistas	<i>C. R.</i>
Bibliografía	
Láminas.....	<i>Caricatura de Burgos Capdevielle, reproducción de «El Santo Entierro», de D. Enrique Pérez Comendador, y fotos de Legorreu y Gudiol.</i>



ALCANTARA



AÑO VII

31 JULIO 1951

NÚM. 45

TRES RETRATOS Y UN AMOR

I

Vicente García de la Huerta

SEGÚN cuentan—quizás sus parientes más cercanos—fué Vicente García de la Huerta en su juventud, un muchacho de notable prestancia, de gran belleza física, simpático y ocurrente, que conquistó el afecto de muchos amigos.

Conozco su fisonomía por haberla visto diseñada en un grabado de la Biblioteca Nacional de Madrid. Está vestido a la francesa, su cabeza con peluca blanca y tufitos rizados, que rematan este adorno a partir de sus orejas. Su rostro es expresivo, y penetrante la mirada. Destacan de este fondo blanco de peluca empolvada y fino cutis, sus ojos negros y sus pobladas cejas bien delineadas. Su nariz es fuerte, recta, símbolo de energía; boca fina, horizontal, delgado el labio superior, más carnoso y ovalado el inferior; la barbilla recogida. Su frente es amplia, despejada. En conjunto, resulta su fisonomía agradable; pero su nariz y los ojos, desde el primer momento, señalan un carácter entero, inflexible, constante, insobornable.

Fué Don Vicente García de la Huerta poeta, polemista y autor dramático de primera fila en nuestro siglo XVIII. Su carácter responde a la impresión que produce su rostro; es, sin duda, un típico ejemplar de la recia Extremadura. Nació en la villa de Zafra el 9 de Marzo, de familia hidalga y bien acomodada. Sus padres Don Juan Francisco y Doña María Muñoz vinieron a menos. Estudia García de la Huerta en Badajoz y a los dos años, como una gran mayoría de estudiantes, extremeños de todos los tiempos, continua la carrera en Salamanca; quizá allí, entre libros y versos, saturado de parnaso salmantino—admirador de su paisano Meléndez Valdés—se enamora de quien más tarde—ya situado en la Corte como Archivero de la Casa de Alba y Oficial primero de la Biblioteca Real—habrá

de ser su esposa: Doña Gertrudis Carrera y Larrea, dama salmantina.

Publicó el poema *Endimión* y la *Biblioteca militar española*. Don Julio Cejador dice que unos amores le hicieron abandonar la Patria, y así, con el pretexto de acompañar al Duque de Huéscar, hijo único del de Alba, partió para París. Fué entonces cuando escribió algo destemplado al Conde de Aranda—la pluma de Huerta era ligera e hiriente—y de entonces nacen sus infortunios, incapaces de doblegar su espíritu, aunque tuvo que sufrir una década de peregrinaciones por cárceles y penales. Fué confinado en el presidio del Peñón; más tarde se le conmutó la pena por la de destierro en Granada. Parece ser que conducido a Madrid le dirige al Conde una carta altanera, recriminándole la injusticia de su proceso y, encausado de nuevo, volvió al antiguo Peñón y después a Orán de donde no regresó hasta el 1777. Cejador dice que en este asunto se portó mal el de Aranda, celebrando los consejos en su casa e interviniendo como juez y parte.

Desde entonces—por la injusticia de los procesos, las sanciones y los ataques con que le verberaron copiosos adversarios—su carácter sufrió una transformación radical. Tornóse amargo y puntilloso, de un orgullo sin límites, tan desproporcionado y atrabiliario que, como afirma Quintana, burlábanse de él como de un ignorante o de un loco. En sus ideas fué tesonero e intransigente, convirtiéndose en un *solitario* en el mundo de las letras. Mesonero Romanos dice que protestó audazmente contra toda regla que no fuese su capricho.

Vive García de la Huerta una vida pobre en Madrid, pues su carácter le obliga a no solicitar sus antiguos empleos. Este mismo temperamento le lleva a librar una de las más encarnizadas polémicas contra los literatos afrancesados, en defensa de nuestro teatro nacional.

Edita la *Raquel* y sus *Obras poéticas*; vierte al castellano la tragedia *Zaïre* de Voltaire con el título de *Fe triunfante del amor y cetro, o la Xaira*, y *Agamenón vengado*. En el 1785 edita el *Theatro Español*—esta ortografía refleja su carácter—que origina una tempestad de críticas, unas anónimas y otras firmadas por Samaniego, Ezquerria, Moratín y, aun su paisano y no menos polemista, Juan Pablo Forner. Esta polémica,—juzgada con diversidad de criterio por la posteridad—, sea cual fuere el temple de las armas que esgrimió Huerta, tiene en sí tal valor que no hay episodio de la historia literaria del siglo XVIII que mejor nos haga comprender hasta qué punto se iba engrosando la vena latente de romanticismo, cuyo venero nacional se inicia en nuestro siglo XVII y cuya poderosa corriente iba a brotar tumultuosa, rápida y arrolladora en la mitad del XIX. Así, se sueldan las dos épocas del arte romántico español, sin que haga verdadero paréntesis en el neoclasicismo, puesto que la protesta nacional, ante estas posturas clásicas y extranjerizantes, ni un solo día dejó de alzarse, simpática siempre a las muchedumbres.

La polémica dió fin momentáneamente al morir García de la Huerta en Madrid, en la calle del Lobo, el 12 de Mayo de 1787, sien-

do inhumado en la Parroquia de San Sebastián. Fué académico de la Española, de la Historia y San Fernando; perteneció también a la de los *Fuertes* de Roma con el nombre de «*Antioco*», y a la de los *Arcades*, de la misma ciudad, con el de «*Aletófilo Deliade*».

García de la Huerta alcanzó su triunfo más resonante con la tragedia la *Raquel*.

II

Raquel, judía hermosa de Toledo

Vivía por el año 1170 en la aljama de Toledo una judía, de nombre desconocido. Era una de las más celebradas bellezas de aquella comunidad. No frecuentaba las diversiones ni espectáculos públicos. Se la veía en la sinagoga. Y no es que los judíos en Toledo no gozaran de libertad, pues en aquellos tiempos Alfonso VIII los distinguía con su protección, los hacía intervenir en la administración pública y hasta los nombraba guardianes de castillos y fortalezas.

El historiador Alonso Núñez de Castro en su *Corónica de los señores Reyes de Castilla* dice que era «una muger de nación hebrea, y de belleza tan peregrina que la confirmaron los cortesanos, y su nombre fué la *Judía hermosa*. Todos la conocieron en su tiempo con el nombre de *Hermosa*. Así la menciona el Rey Sabio en su *Crónica General*: «pagóse mucho de una judía que avie nombre *Fermosa*».

A causa de unos amores—amores reales—su nombre se hizo célebre y fué protagonista de varias obras literarias, algunas escritas por los mejores ingenios españoles. Lope de Vega nos habla de ella en una comedia titulada *Las paces de los Reyes y judía de Toledo* y también en su poema épico la *Jerusalén Conquistada*, en donde, por primera vez, aparece con el nombre con que hoy día se la conoce:

«Llamábase Rachel, que aun quiso el cielo,
que la imitase en nombre y hermosura,
.....

Mira de Amescua le dedicó otra comedia; *La Desdichada Raquel* y Juan Bautista Diamante *La Judía de Toledo*.

Don Luis Ulloa Pereyra, hidalgo, humanista, dulce de carácter, refinado en sus gustos y enamorado incorregible, escribió, también, un poema *La Raquel* sobre esta hermosa judía toledana y sus trágicos amores. Ulloa tuvo que gustarle mucho esta leyenda pues era un enamorado por herencia, acaso por raza: Son gallegos los Ulloas, paisanos de Macías, y portugueses los Pereyras; Cupido se cebó con saña en Don Luis quien se casó tres veces, tuvo necesidad de una pasión platónica y por añadidura se dejó arrastrar por encantos menos honestos de Lesbia y de otras ninfas.

«Venus, plebeyas ninfas manuales

 ni muy costosas, ni dos veces una.»

No ha de causarnos extrañeza que se apasionara por esta leyenda romántica y amorosa, de Alfonso VIII, divertido por Raquel, hermosa hebrea.

En estas composiciones literarias encontramos, repetidamente, los mismos elogios a la hermosura de Raquel; pero en ellas no se describen los encantos de su rostro. En un romance sobre este mismo asunto de Fr. Hortensio Paravicino nos dice el color de los ojos de Raquel:

«Ella los sus verdes ojos
 Magüer quiso abrir, non basta»

Es Don Luis Ulloa quien, en sus barrocas octavas, nos ofrece algunos detalles de tan peregrina belleza; sus ojos verdes tienen un incendio divino.

«Borrones son las luces con que ordena
 De rosicler el alba los colores
 Cuando compiten de su tez serena
 Con la mezclada lucha de las flores,
 En que salen más veces la azucena,
 Y algunas los claveles vencedores:
 Solo en los labios en que amor reposa
 Admiten pura la flamante rosa.

Sus cabellos son rubios como la luz del sol:

«Del lazo, en que se prenden, importuno
 Libra los hermosísimos cabellos
 Y para suspenderse en cada uno
 Quisiera amor innumerables cuellos.
 No fuera su color tan oportuno
 Si todo el sol se transformara en ellos.
 Por milagro de amor naturaleza
 Juntó la oscuridad y la belleza.

En una octava resume la belleza armoniosa, platónica, de todos los encantos de la judía Raquel.

«Las demás perfecciones resplandecen,
 Reducidas a unión tan soberana

Que la disculpan si la desvanecen,
 Y se compiten por tenerla ufana;
 En cuantas hermosuras se encarecen
 Nunca se vió la humanidad tan vana
 Ni con tantas divinas calidades,
 Para poder triunfar de las deidades.»

Según García de la Huerta Raquel es ambiciosa y vengativa, muéstrase desvanecida con su loca prosperidad, cuando, amada de Alfonso, es el eje de la política, fuente de donde dimanán los privilegios y los dones, así como los castigos. Es Raquel, sobre todo, una mujer enamorada. Se enfrenta con su cariño la terrible Razón de Estado y suavemente, con blandura, sin estridencias ni arrebatos ofrece en holocausto de esta pasión su vida arrancada por el duro acero de espadas castellanas y:

«Assí la tersa y cándida azucena
 parece entre las rosas carmesíes:
 assí la joya de diamantes llena
 entre rojos esmaltes y rubíes:
 assí la fuente de cristal serena
 corre por encarnados alhelíes:
 assí tórtola blanca ensangrentada
 del esparcido plomo derribada.»

III

Alfonso VIII, El Noble

Nació en la Imperial ciudad de Toledo el 11 de Noviembre de 1155. Fueron sus padres Don Sancho *el Deseado* y Doña Blanca hija del Rey Don García, Rey de Navarra. Fué denominado con el calificativo de *el Bueno* y en verdad lo mereció por sus reales acciones; otros, le apellidan *el Noble* por su generosa condición, y, muchos el *de las Navas de Tolosa* por la memorable batalla y victoria que consiguió de los moros.

El *Bueno* fué el calificativo más difundido con que se honró el nombre de Alfonso VIII. Por su bondad se le atribuyen infinidad de hechos milagrosos. Cuenta la tradición popular que los portentos del cielo como premio a tantas virtudes fueron de tal índole que el menor de ellos pasma: en una batalla la cruz de su estandarte des pide tales vislumbres en el aire que encandilaban a los enemigos, en igual momento la imagen de la Virgen esculpida en su lábaro se pos-traba a los pies. En una fea correría, cuando iba buscando las caricias de una hebrea se le apareció un Angel en Illescas que le apartó de su propósito, le sacó de él y serenó su pecho. Aún después de

muerto continuaron estas tradiciones milagrosas: su cuerpo permaneció incorrupto un sin fin de años y del sepulcro y ropas se desprende suave perfume. Peregrinos de recónditos parajes vinieron a venerar su sepulcro. Desde entonces el Monasterio de las Huelgas es frecuentadísimo, tanto—afirman algunos escritores—como el de Guadalupe, Monserrat y Loreto.

Son testimonios del sentimiento que produjo su muerte estos párrafos que pueden leerse en viejos y polvorientos pergaminos: *Porque así hirió el corazón de los hombres la noticia de su muerte, como si de repente fuese cada uno traspasado con desprevénidas saetas. Y también: Porque así le habían ennoblecido desde la infancia el valor, la liberalidad, el agrado, la sabiduría y la modestia, que se creía se habían sepultado después de su muerte con él todas ellas.*

Varias veces se ha llevado la figura de Alfonso VIII al teatro. Y de Lope de Vega es una comedia *La Corona merecida* en donde nos describe algunos rasgos de su rostro:

«Era Alfonso mancebo a quien ceñía
oro sutil lo superior del labio;
los ojos de esmeralda, que encendía
con gusto en risa, en fuego con agravio;
si de la boca púrpura vertía
divina discreción del pecho sabio;
largo el cabello, hacía con decoro
al rostro de marfil moldura de oro.

La tradición literaria difiere de este concepto, que la Historia atribuye a Alfonso VIII. En Lope hay un extraño confusionismo. En su *Jerusalén Conquistada* le ensalza de tal forma que, sin apoyo histórico de ninguna clase, crea la leyenda de su marcha como cruzado a tierra santa para rescatar los lugares que recuerdan la vida y muerte de Cristo.

Fué Alfonso VIII, según Lope, y en esto ya parece más en armonía con la historia, un rey enamorado, y buen ejemplo de ello fué sus amores con Raquel, judía toledana.

IV

Historia de los amores de Alfonso VIII y Raquel

La primera noticia de estos amores aparece en la *Crónica General* del rey Sabio. Toledo recibía con júbilo la llegada del rey Bueno. Entre la multitud bulliciosa Alfonso VIII descubrió un bello rostro de mujer, moreno y ojos verdes—como cantan los romances

que le contemplaban llenos de admiración. Supo más tarde que era una joven judía, de nombre ignorado, a quien todos llamaban *Hermosa*. Pagóse Alfonso mucho de la hebrea y olvidó a Doña Leonor, su mujer:

«Amó a Leonor Alfonso algunos años,
no fué Leonor de Alfonso aborrecida,
pero mudóse el gusto. a los engaños
de ajeno amor la voluntad rendida.»

Tanto se enamoró que estuvo siete años encerrado con ella sin acordarse de su reino, ni de sus súbditos; los leales castellanos acuciados por las súplicas de Doña Leonor y los males que aquejaban a Castilla decidieron darle muerte. Aprovecharon la ausencia del rey, que cazaba la umbrosa ribera del Tajo, para asaltar el Alcázar y dar muerte a la hermosa judía. Cuentan que a causa de su gran belleza los nobles castellanos, cuando iban a darle muerte, tuvieron que rogarle encubriera la beldad de su rostro con un velo:

«Cubre con esa toca el rostro hermoso,
hará nuestro rigor menos injusto;
ni verás muerte en tal fealdad teñida,
ni quitaremos tan hermosa vida.

Los nobles castellanos cumplieron con su deber al libertar a Alfonso de aquel suceso tan malo y tan desaguisado, que ya se prolongaba más de siete años:

«Passó, tejiendo el sol su tela hermosa
por los hilos de tantos paralelos,
siete veces la estrella calurosa,
y el arco tirador de nieve y hielo.
Y siempre de Raquel, menos dichosa,
aunque gozó su posesión sin celos,
Alfonso fué Jacob, Laban Toledo,
mas venció su furor respeto y miedo.»

Con estos elementos—basados en las Crónicas y con una larga tradición literaria—compuso Don Vicente García de la Huerta la mejor tragedia de nuestro siglo XVIII.

Se propuso García de la Huerta, al escribir la *Raquel*, aprovechar sus conocimientos del teatro español del Siglo de Oro y encerrarlo en el concepto y reglas de la tragedia neoclásica:

«No disfrazada en peregrinos modos,
Pues desdeña extranjeros atavíos;

Vestida, sí, ropajes castellanos,
 Severa sencillez, austero estilo,
 Altas ideas, nobles pensamientos,
 Que inspira el clima donde habéis nacido.»

El éxito de la *Raquel* se debe a esta conjunción de lo nacional con lo galo-clásico. En adaptar la materia dramática de nuestros ingenios del Siglo de Oro, manteniendo lo esencial de esa ideología tan arraigada en el pueblo español; a la ley de las unidades. No le fué esto difícil a García de la Huerta, conocedor intuitivo de las comedias y dramas de nuestro teatro nacional, y además de excelente poeta enterado, como pocos, de las reglas de la preceptiva neoclásica. Buscó en esta tradición el punto de arranque de su tragedia: conoció el relato de las Crónicas y bebió en las aguas que tocaron las poéticas manos de Lope, más sonoras y bulliciosas cuando pasaron por el umbroso cauce retorcido de la escuela de Calderón, con Ulloa y Diamante. Con estos elementos tradicionales crea una tragedia—modelo en el momento del clásico academicismo—y a la vez que es fiel a la preceptiva de su tiempo, anuncia los mundos de lágrimas y ternura del romanticismo. Enlaza las metáforas gongorinas y calderonianas con la emoción de la poesía romántica, entrecortada e interrogante. García de la Huerta anuda el romanticismo de nuestra Edad de Oro con el del siglo XIX, y el rigor frío del neoclasicismo se caldea con este doble juego romántico.

E. SEGURA COVARSI

IDEARIO EXTREMEÑO

Ya, de lograr te, Esperanza,—me va faltando la fe;—pero yo escarmentaré—de tan necia confianza.—Nunca quitas el deseo—y siempre halagas el gusto.—Todo tu placer es susto.—Todo tu ataxo. rodeo.—Lo imposible facilitas,—con que tus engaños creces—y no dando lo que ofreces,—nunca te desacreditas.—Siempre te vas retirando—de aquel que seguirte intenta,—y porque no se arrepienta,—finges que te va alcanzando.—No hay quien no llegue a tratarte—ni quien llegue a conocerte.—Todos temen el perderte—estando el riesgo en hallarte.—Siempre en adular te empleas;—tu verdad es la mentira:—y más tu malicia tira—a aquel que más lisonjeas.—Y sin que a curar acierte—tu ciencia, pues es fingida,—siempre aseguras la vida—hasta topar en la muerte.

CATALINA CLARA RAMIREZ DE GUZMAN

Vivo libre...

A mi buen amigo y buen poeta,
 Francisco Arévalo.

Vivo libre, cual vive el pensamiento
 libre, como la cierva y el jilguero.
 Canto, y me escucho con recogimiento
 y soy señor feliz de mi sendero.

Aquí, en el corazón, está el granero
 que sacia la apetencia del momento.
 Soy claro, como el agua del venero
 y lloro al conseguir lo que presiento.

Las gentes se sorprenden, al mirarme,
 viendo vagar mi sombra conocida,
 libre siempre, sin frenos ni timón.

Tiran pellas de barro por mancharme
 sin pensar que yo marchó por la vida
 al ritmo que me impone el corazón.

FÉLIX VALVERDE GRIMALDI

Mérida, 2 de Junio de 1951.